

MI BLOQUE

Estaba oscuro y me sentía volátil, no pensaba, solo imaginaba. Todo se volvió luz en forma de rectángulo ya que a mi alrededor todo era sombra, mis ojos lograban distinguir un sofá claro de piel con una fundita de ganchillo blanco con flores rojas, me asombré al recordar que era la salita de mi adorada vecina Encarna, pero ¿cómo había llegado hasta allí?, no recordaba atravesar el umbral de su puerta ni tocar a su timbre, sentí una sensación de miedo y de perplejidad, aunque no sentía dolor ni ningún sentimiento que me hiciera encontrarme mal. De repente, allí estaba, ante mis ojos, mi adorable Encarna, una señora octogenaria, de cabellos blancos que siempre se peinaba en forma de moño engarzado con un lazo rojo de terciopelo. Me miraba o eso creía yo, con esos ojos azules que con la edad se vuelven grises como sus cabellos. Mi vecinita era una mujer viuda que tenía un hijo y unos adorables nietos de los que me hablaba muy asiduamente cuando iba a visitarla pero que yo aún no conocía. Tenía un semblante triste y llegué a apreciar como una lágrima resbalaba por los surcos de su piel. De repente un sonido estridente apagó aquel momento pausado y relajado que estábamos viviendo, era el teléfono, su rostro pareció brillar de alegría e incluso aprecié una ligera sonrisa en su rostro.

Encarna desapareció de mi vista por unos segundos, eso me dejó aterrorizado, ¿por qué no la veía?, ¿dónde estaba? y lo más increíble, ¿dónde estaba yo? Escuché de fondo la conversación, su voz cuando respondió era cantarina y a los pocos segundos se volvió pausada y monótona. Llegué a escuchar un poco la interlocución, su tono era de agradecimiento alguien se había prestado a ayudarla en lo que necesitase. Encarna volvió al lugar donde yo me encontraba, entonces una tristeza me sacudió al verla llorar desconsolada, besarme y preguntarme porque no la quería. En el fondo de mi corazón aprecié una gran soledad, entonces recordé como mi madre le comentaba a mi padre en alguna ocasión que no entendía a Roberto, hijo de Encarna, como pudo dejar a su madre tan sola después de la muerte de su padre. Mis pensamientos y mis ansias por encontrar una razón a todo lo que estaba viviendo me paralizaban, quería abrazarla y paliar su tristeza con un abrazo pero

no conseguía alcanzarla. De repente, una racionalidad inusual para mi edad me hizo preguntarme dónde estaba y que era yo en ese momento, miré a mi alrededor y por mi posición deduje que era un retrato, un cristal rodeado de madera, la fotografía de su añorado hijo.

Un fuerte tirón hizo que me moviera hacia atrás con una velocidad casi caótica y entonces aparecí en una habitación con una luz muy tenue que alumbraba una mesita de estudio abarrotada de papeles, apareció ante mí el vecino del segundo, un chico muy apuesto, delgado y bien musculado. Era joven pero muy culto y educado. Mi madre había recurrido alguna vez a él para que me explicase un tema de esos que nos gustan tanto de matemáticas. Era Jorge, profesor de matemáticas en un instituto de la ciudad. Aprecié un rostro fatigado con unas ojeras inusuales para su edad. Tenía el pelo alborotado y sus manos colocadas sobre la cabeza, algo no iba bien, se fijaba mucho en mí e incluso en alguna ocasión me golpeó. Desaparecía de mi vista y aparecía con un tente en pie que me hacía recordar que yo no había merendado. Hablaba con alguien, pero por su conversación no era yo su oyente, era un grupo que le tenía un poquito mosqueado, en alguna ocasión, se irritaba y volvía a comenzar una larga explicación que por las muecas de su rostro deduje que sus interlocutores no conseguían entender. Entonces logré avanzar en mi situación, me di cuenta de que en ese momento yo era una tableta que utilizaba para relacionarse con sus alumnos y explicar las clases a distancia.

Un mareo casi inapreciable pero que me hizo salir de aquel lugar me invadió por un corto lapso de tiempo y ¿qué vi? algo espantoso, el rostro de mi vecina Carmen, del piso tercero, su bello rostro lleno de juventud estaba apagado, me miraba con unos ojos vacíos y oscuros, no llevaba maquillaje y su pelo estaba recogido en una coleta alta que despejaba todo su rostro. Aprecié que sostenía algo marrón en su mano derecha, y me acerqué para poder verlo. Era una esponjita de maquillaje, de las que usa mi mamá cuando quiere estar guapa. Cuando la esponjita acariciaba su fina piel logré apreciar unas manchas de otro color en su piel. Dios mío, eran moratones, recorrí todo su rostro y percibí algunas rojeces que ella quería ocultar con algo de color. Su mirada apagada y vacía me penetraba las entrañas,

no podía ser, mi bella vecina Carmen estaba pasando un calvario y nadie lo sabía, ella lo guardaba con una dulce sonrisa y colorete por doquier. Si mi madre ya lo decía: "esta pareja de Carmen no me gusta", a lo que mi padre la miraba de reojo por encima de sus gafas y le increpaba que no era asunto suyo. Pensando donde me encontraba, averigüé que era el espejo de su tocador, fiel testigo de sus años de sufrimiento.

Un haz de luz invadió mis ojos hasta casi cegarlos, ahora ¿dónde estaba? Solo pude apreciar un gran oso de peluche recostado en la pared, y unos gritos estridentes de chiquillos correteando por la habitación. Entonces lo comprendí, estaba en casa de Marta, mi vecina del quinto, una chica que había sido madre de dos niñas riquísimas con pelo lacio y rubias de color oro, que eran muy pillas y graciosas. Jugaban y saltaban por la habitación y le hacían partícipe de sus juegos a su madre. Las risas cantarinas se oían por todo mi alrededor, era un momento de felicidad. De repente, mis oídos casi explotan porque Marta cogió el mando de la televisión para poder alzar la voz y escuchar preocupada una noticia que estaban emitiendo en ese momento. Yo era la televisión y algo alarmante estaba ocurriendo para que ella le prestara tanta atención en aquel momento de juegos y alboroto.

Algo tiró de mí, y aparecí en una habitación con muy buena luz donde las cortinas se movían de un lado para otro interactuando con el viento que entraba por la ventana. Mi vecino Enrique se asomó y me miró con cara de preocupación y de fatiga. Estaba peinándose de una manera muy elegante, pero sin ningún ápice de querer estar guapo, solo era algo formal. Su mujer, Clara, que era una chica dicharachera y simpática, le increpó que iba a llegar tarde; que se diera prisa, él me hizo una mueca de fastidio y suspiró con halo de tristeza. Antes de darse la vuelta para salir, me abrió y sacó una chaqueta de punto azul, deduje que yo era el cristal de cuerpo de su puerta del armario. Me quedé un poco atónito cuando Clara, que lo miraba desde fuera de la estancia, no hizo ningún ademán de despedirse de él, ni con un abrazo ni con un beso, solo una mirada de complicidad, un cuídate mucho y hasta mañana. Recordé, entonces, que Enrique era enfermero en un hospital de la ciudad y tendría el turno de noche.

Como ya era costumbre y ya no me asombraba, aparecí en un lugar cálido y recogido. Me sentía bien y relajado. No alcanzaba a ver mucho, solamente un cuadro pintado con unos colores muy delicados que rememoraban un paisaje lejano y lleno de luz. Es cuando recordé que estaba en casa de mis vecinos, Vicente e Irene, una pareja encantadora de avanzada edad. Cerré los ojos para degustar esas maravillosas empanadillas que horneaba Irene y siempre le subía a mi madre para que yo merendara sano y natural. Esas empanadillas desaparecieron de mis meriendas hace algunos meses y mi vecina Irene ya no se acordaba de mí. Cuando me cruzaba con ella en el rellano a veces ni me saludaba y otras me comía a besos. Pude alcanzar desde mi posición, que debía de ser el espejo del aparador, como Vicente sacaba un disco de música lenta (de esas de enamorar) para inmediatamente después coger a su esposa de la cintura muy dulcemente y bailar abrazados durante un buen rato. La mirada de Vicente era de compasión y dulzura a la vez, pero la mirada de Irene era de desasosiego. Dios mío, ¿dónde estaba Irene en ese momento? ¿Reconocería a su amado esposo después de tantos años de estar juntos? Ella había olvidado quién era el gran amor de su vida y su compañero de vida. Una tristeza me inundó, ahora comprendía muchas cosas.

Otra vez esa velocidad de vértigo hizo que apareciera en una habitación juvenil, llena de juguetes olvidados y de fotos. Un gran póster de algún cantante empapelaba la pared y unas bombillitas de colores amenizaban la estancia. Entonces, sin darme apenas cuenta, apareció ella, Sara, la dulce vecina del sexto; una chica guapa, encantadora, con ojos enormemente grandes y coquetos que me había robado el corazón. Gesticulaba con los labios en forma de beso, los ojitos locos con un parpadeo inusual y unas mejillas rosadas que evidenciaban que se había ruborizado. ¿Sería por mí...? ¿Me habría visto? Mi inquietud afloró cuando nombró a un tal Tomás y sus ojos se abrieron con una profundidad que jamás había visto. Mi corazón se estremeció, estaba enamorada y de un tal Tomás. Sin querer estaba en medio de un cortejo que no me hubiera gustado presenciar. Estaba ilusionada y no era por mí. Me encontraba dentro de su teléfono móvil y en mitad de una video llamada. Ya nada será igual para mí.

Cerré los ojos y pensé en todas aquellas sensaciones que había experimentado en un momento; desde la soledad, la impotencia, el

horror, el miedo, el olvido, la preocupación, la inquietud y la desilusión de todas las personas que habitaban a mi alrededor; incluso las mías propias, vistos desde los objetos donde ellos se reflejaban. Sentimientos que se agrandaban ante la situación que estábamos viviendo aislados del mundo exterior. Preocupado en mis pensamientos un pellizquito me hizo volver a mi realidad. Era mi nieta Lucía que me imploraba que terminara el cuento que les estaba contando ya que pronto vendría la abuela Sara y no podría acabarlo. Lucía, Carlos y Laura eran mis nietos y siempre me rogaban que les contara historias del pasado para entretenerse.

Carlos, que era más curioso siempre me pregunta acerca de nuestras vidas cuando éramos jóvenes. Esta vez tocaba la triste historia de la vida de mis vecinos en una época triste y horrible que nos tocó vivir por la pandemia mundial que nos sacudió. Lucía aún es muy pequeña, pero Laura, como señorita observadora y picarona, resaltó la casualidad de que mi vecina Sara, mi primer amor, se llamará como la abuela. Cogí a Lucía en brazos le di un beso de cariño en la mejilla y le sonreí diciendo pues... sí, que es casualidad, sí, seguido de un gesto de complicidad que no entendió.

CLAUDIA RIVELLES VILLÉN

3º ESO

I.E.S LA MORERIA

MISLATA - VALENCIA